



7 de abril de 2016.

Francisco Mangado llega a la Escuela de Ingeniería y Arquitectura de Zaragoza acompañado de antiguos colaboradores. El motivo es la pronunciación de una conferencia sobre su obra reciente enmarcada en el ciclo de primavera titulado “#Relaciones”. Aunque ya le habíamos advertido de esta conversación, la primera tarea es saludar a muchos amigos tanto de la Escuela como de fuera de ella que le reciben con atención. Una situación que fomenta que Francisco Mangado se convierta inmediatamente en Pachí, un hombre lleno de capacidades, un arquitecto vehemente, locuaz y de fuertes convicciones. Y en un pequeño (y poco común) silencio, aprovechamos para recordarle nuestro “acuerdo” y llevármolo a un lugar más tranquilo...

Lo primero muchas gracias por haber venido a nuestra Escuela y enhorabuena por el reciente Premio de Arquitectura de Asturias para la ampliación del Museo de Bellas Artes de Oviedo, creo que el último de una larga lista de premios.

Muchas gracias.

Y utilizando esta obra y este premio como excusa, nos gustaría iniciar esta conversación reflexionando sobre la dificultad que es hacer Arquitectura, aquella que lleva la primera letra en mayúscula. Una disciplina que además permite iniciarse desde diversos caminos. Unos más canónicos que buscan referencias históricas o en la propia materia, y otros más tangenciales que se apoyan en diversas teorías del conocimiento u otras disciplinas. Por ello, y aprovechando que estamos en una Escuela de Arquitectura, la primera pregunta es casi obligada: ¿cómo inicia un proyecto, usa siempre la misma metodología?

Pues siempre es bastante parecida. Para mí, la arquitectura o es contextual o no es arquitectura. Obviamente no es el único elemento a tener en cuenta en el proceso de hacer arquitectura, por lo menos en mi caso, pero el contexto es muy importante. Naturalmente me refiero al contexto físico pero también al contexto económico, cultural e incluso hasta el contexto político entendido en términos sociales y no de gestión pública. Soy de los que creo que la realidad es un fantástico crisol para hacer arquitectura y no me interesan demasiado aquellas arquitecturas objetuales que prescinden de esa realidad como origen o raíz para forjar la arquitectura.

Conversación con Francisco Mangado

RUBÉN GARCÍA RUBIO
CARLOS PEREDA IGLESIAS

Escuela de Ingeniería y Arquitectura
de la Universidad de Zaragoza

Creo, seguramente de manera contraria a lo que nos han enseñado en las Escuelas de Arquitectura, que la realidad es un hecho fantástico, un hecho que los arquitectos no solamente podemos ver de manera distinta si no transformar para enriquecerlo, para dar más. Y por tanto, me parece que esa realidad o contexto es el motivo, la razón e incluso el objetivo más importante para hacer arquitectura. Por eso, casi todos los proyectos los comienzo desde esa perspectiva.

Naturalmente hay otras cuestiones. Por encima de todo pienso que la arquitectura es una realidad construida. Y por ello los aspectos más disciplinares como los materiales, estructurales, espaciales, etc, también son un objetivo. Pero yo diría que en ellos hay una parte más instrumental. Sin embargo, la idea del contexto como generador de arquitectura me parecía ya muy importante antes y me sigue pareciendo muy importante ahora.

Como es natural, en ese contexto caben también los prejuicios, las maneras o las arquitecturas que a nosotros nos interesan, es decir, nuestro bagaje como arquitectos. Existe un contexto externo pero también uno interno que vas definiendo poco a poco con tu manera de hacer, tu personalidad, lo

que te atrae... Ese segundo contexto, el más interno o propio, evoluciona con el tiempo y tu trabajo y por lo tanto influye en que puedas ver el contexto externo de manera distinta.

Pero sin ninguna duda, el contexto siempre es el primer punto de referencia para hacer mi arquitectura.

De estas cuestiones que has comentado, hay una parte muy interesante y pertinente con el tiempo crítico que nos toca vivir como es condición más matérica del propio proyecto. Es evidente que nuestra profesión “gravita” entorno a la arquitectura construida puesto que es lo que trasciende con más nitidez al paso del tiempo. Y por ello este aspecto es consustancial con la propia condición del arquitecto. Por eso querríamos que nos diese algunas pinceladas sobre sus sensaciones, dudas, procedimientos o dedicación en torno al propio hecho constructivo.

Creo que el tiempo es el material más importante para hacer arquitectura. Y desafortunadamente hoy es el material más escaso.

Vivimos en una sociedad muy adocenada donde ha desaparecido tanto el sentido particular de opinión como el sentido

CONVERSACIÓN CON FRANCISCO MANGADO

Rubén García Rubio

Carlos Pereda Iglesias



democrático de opinión más colectivo. Es una sociedad que dominan los medios de masas, la comunicación o, en el peor de los casos, algunos poderes económicos que desconocemos. Y esto es una realidad. Pero la peor parte de ello es que, para que esto fuera posible, han acabado con la posibilidad de acceder al tiempo por parte de la gente. La gente vive rápido. La televisión, el consumo o la propia organización de la ciudad evita que tengamos tiempo. Porque tiempo significa crítica, juicio de valor, hacer mejor las cosas o reflexión. Pero tiempo también significa sublevarse o decir basta.

En la arquitectura pasa lo mismo. La realidad es que tenemos muy poco tiempo para hacer arquitectura, disfrutarla, pensarla o construirla. Y lo peor de todo, es que el tiempo que antes se convertía en el gran juez para clasificar la arquitectura en términos icónicos o de valor ha desaparecido. Por lo tanto hoy el icono es inmediato y tiene más que ver con el fasto de la inauguración que con la pervivencia del edificio en el tiempo.

He pensado mucho sobre esto. De hecho creo que es el pensamiento fundamental cuando uno se va haciendo mayor. Cómo conseguir dedicar tiempo al proyecto y a la obra, a disfrutarla, a pasearla, a ver sus detalles... Todo esto es fundamental para hacer una buena obra.

Por eso creo que educar a los alumnos que la arquitectura requiere tiempo es una cuestión esencial. Y además, no solo tiempo en términos cuantitativos sino también cualitativos.

Es decir, saber cuándo se tiene que poner el acento en la necesidad de tiempo. Es muy importante tener tiempo para pensar los proyectos, más que para dibujarlos, pero también para llevar la obra. Creo que sin estas condiciones, podrá haber una buena idea de arquitectura pero no un buen proyecto de arquitectura.

En la actualidad está construyendo el edificio para la nueva sede de Norvento en Lugo y acabando el Palacio de Congresos en Palma de Mallorca. Y de alguna forma, los proyectos que uno lleva en un momento dado son los que mejor definen la posición de su autor frente al acto arquitectónico en ese preciso instante. Por eso nos gustaría que nos hablase acerca de la experiencia y la repercusión que están suponiendo estas dos obras en su manera de entender la arquitectura y la profesión hoy en día.

En este sentido, Palma es un proyecto muy especial porque se generó y se pensó hace doce años. Y por lo tanto yo mismo he cambiado mucho durante este tiempo. Sin embargo, Norvento es un proyecto de hace pocos años que nace en la crisis. Mientras que Palma nace antes de la crisis y creo que esto es importante destacarlo.

Los dos proyectos son unitarios ya que forman parte de una misma idea de arquitectura en la medida que ambos nacen de una manera de entender el contexto. Y vuelvo una vez más a la palabra contexto puesto que los dos son muy contextuales. Uno tiene que ver con un contexto cívico y ciudadano de un trozo de ciudad. Y el otro, con un contexto natural y una manera abstracta de entender el programa.

Cuando hablo de Palma nunca lo hago solo como un edificio sino que lo hago fundamentalmente como una parte o traza de la ciudad. De hecho, la idea del proyecto nace de intentar asimilarlo a las trazas renacentistas que separaban la ciudad histórica de Palma y por lo tanto este proyecto es eminentemente ciudadano. E incluso, también es un edificio que se puede leer en clave de continuidad del paseo marítimo. Además es extraordinariamente complejo en términos de programa y espacio. Y esto ahonda en ese carácter ciudadano del proyecto porque la ciudad, y Palma no es una excepción, es compleja desde el punto de vista programático y funcional.

Por otra parte, y desde otro punto de vista contextual, el edificio de Palma es muy complejo en términos de gestión. Durante ocho años de construcción he tenido cuatro presidentes autonómicos distintos, dieciséis consejeros de turis-

mo, seis alcaldes y seis gerentes del Palacio de Congresos. Y en ese mar proceloso de dudas y situaciones complejas, el arquitecto ha tenido que mantener una nave muy firme buscando siempre la isla que era el objetivo. Y al final se ha logrado y he aprendido mucho en el proceso. El proyecto de Palma de Mallorca se puede entender como la historia de una transformación personal. Por eso para mí ya nada es igual en términos de hacer arquitectura entre antes y después de Palma. Llevar a buen puerto un edificio de una gran escala, con unas responsabilidades urbanas extraordinarias y unas enormes dificultades programáticas y de gestión, es algo que marca definitivamente. Además es algo que habla de enorme complejidad de la arquitectura y precisamente a mí me abunda en la idea de que la arquitectura no puede ser solo objetual. Es cierto que la arquitectura es objeto pero si solo es objetual, sin contenido, fundamentos, ideología arquitectónica o voluntad contextual, para mí no hay edificio. Habrá un objeto que podrá convertirse en una cosa banal en función de la evolución política. Y para mí, el proyecto de Palma es un ejemplo de cómo es necesario mucho fundamento de ideas, reflexión, fuerza y voluntad arquitectónica para lograr convertir una idea en un hecho, un objeto, construido.

Por contra, Norvento es un proyecto distinto. Este es un proyecto que nace en un polígono industrial sin carácter pero que tiene al lado un bosque bonito. Entonces se entiende como la continuidad de ese bosque. Por otra parte, en términos de programa es bastante transgresor. Es un edificio de oficinas pero que parece una casa en el bosque porque entendía que era bonito trabajar en un lugar así. Por lo tanto, también ahí también hay una apuesta programática. Aunque los contextos físicos y temporales son completamente distintos. Además, esta es una obra privada con una propiedad muy exquisita y culta en términos de arquitectura y, en ese sentido, es una maravilla trabajar con ellos. Por lo tanto son procesos muy distintos.

En el proyecto de Palma he aprendido muchísimo pero también he sufrido muchísimo. Mientras que Norvento es un proyecto que estoy disfrutando, es una especie de premio después de hacer Palma. En Norvento me he centrado en resolver detenidamente lo estrictamente arquitectónico. Es verdad que en Palma los problemas también son arquitectónicos, porque la gestión no deja de ser un problema que se ha transformado o tiene consecuencias arquitectónicas, pero su contenido no es específicamente arquitectónico.



Nos acaba de situar el Palacio de Congresos de Palma como una obra que está marcando un antes y un después en su trayectoria como arquitecto. Y en este sentido nos gustaría que nos ayudase a repasar su carrera y nos señalase aquellos otros proyectos que, a su juicio, también han supuesto un punto de inflexión a lo largo de la misma.

Un punto de reflexión importante es el Club de Golf en Zuasti. Hasta ese momento todos los proyectos que habíamos planteado eran urbanos. Pero éste fue la primera vez que nos enfrentamos a una naturaleza pura y por eso fue una primera experiencia muy intensa y vital. Además esta obra recoge algo que venía de la arquitectura anterior, y que aquí adquiere un valor sustancial como instrumento para enfrentarse a la naturaleza, como es afirmar un grado de abstracción muy importante. Aunque esta obra también tiene otros valores. Por ejemplo una investigación material que me hizo avanzar significativamente en cuanto a la revisión de ciertos materiales no utilizados hasta entonces en nuestra disciplina.

Sin duda, otro proyecto es el Baluarte de Pamplona. Este es un proyecto de una enorme responsabilidad urbana y además es el primero que implica un salto de escala importante. Y esto es algo muy importante porque hoy en día la mayoría de los arquitectos no saben pasar a la gran escala. Esta condición objetual de la arquitectura, que no insiste en el contenido sino en el objeto, hace que se manejen bien las pequeñas piezas. En cambio las grandes piezas tienen unas implicaciones urbanas, paisajísticas, económicas o de gestión muy distintas. Por eso muchos arquitectos hoy en día se dan cuenta que no pueden saltar a la gran escala porque realmente no se han educado en los fundamentos sino en las formalizaciones. Y en este sentido, el Baluarte fue un aprendizaje extraordinario.

CONVERSACIÓN CON FRANCISCO MANGADO

Rubén García Rubio
Carlos Pereda Iglesias



Otro proyecto que por muchos motivos también tiene unas significaciones especiales es el Pabellón de España. Esta obra es una manera de afirmar la arquitectura por encima de la idea de objetos que se consumen rápidamente y se abandonan en una feria que precisamente representa este paradigma. De ahí que el Pabellón quería afirmar la condición permanente de la arquitectura. Y además añadiendo el desafío de hacerlo con un ejercicio de contención económica y revisando algunos conceptos ad hoc de lo que en ese momento significaba arquitectura medioambiental, simplemente usando recursos arquitectónicos y no tecnológicos.

Y el último sería el proyecto de Palma de Mallorca por lo que motivos explicados anteriormente.

Al recordar toda su trayectoria para la preparación de esta entrevista a nosotros también nos habían llamado la atención otras obras que, si nos permite, nos gustaría señalar. La primera sería la Plaza de Olite. Un proyecto de una gran brillantez que creemos que le dio una enorme seguridad como arquitecto y supuso un salto profesional. Y una obra que además sigue teniendo mucha fuerza treinta años después de su construcción y ello a pesar de las modificaciones sufridas. Otro proyecto que queríamos señalar son las Piscinas de La Coruña por varios motivos porque su diseño corresponde al momento en el que empezaba su etapa docente americana. Y además, fue el primer proyecto que hizo fuera de Navarra con la dificultad que implica llevar una obra en la distancia y lejos de la seguridad del conocimiento cercano.

Es cierto. Además el prototipo de la Piscina de La Coruña tiene un cierto sentido americano. Recuerdo que entonces estaba en Harvard y viajaba mucho a ver arquitectura. Y la manera de utilizar la madera en Estados Unidos, concretamente en sus grandes graneros, influyó en la elección de este material para las Piscinas. Pero sigue siendo muy contextual, esos volúmenes siguen siendo muy contextuales en Galicia a pesar de la influencia americana...

Y a estas dos obras, también nos gustaría añadir el Centro Hípico de Ultzama. Desde el Baluarte el cambio de escala en sus proyectos es significativo y volver a una escala más contenida y un lugar cercano como sucede en Ultzama tiene que ser difícil. Por eso creemos que esta obra también es un punto de inflexión en su carrera.

Sin lugar a dudas, pero no la he señalado porque es una obra muy personal. Ultzama es una obra que hago para mi hija donde no solamente soy el arquitecto sino también el constructor y el promotor lo que provoca que sean circunstancias muy especiales. Es verdad que en esta obra aprendí mucho, sobre todo en temas de gestión económica, pero siempre tengo un poco de prevención en hablar de ella porque me unen bastantes sentimientos.

Curiosamente Ultzama es una de las obras que más interesa a la gente. Sin embargo yo no la veo como una obra de arquitectura sino como mi casa. Ultzama la hago pretendidamente despojado de la condición de arquitecto. Sé que soy arquitecto pero voluntariamente asumo la condición de padre, ciudadano o de alguien que solo quiere una casa con-

fortable para vivir. Y por lo tanto nace más de mis sueños personales que de una reflexión arquitectónica pura. Puede que el resultado sea bueno pero en realidad está pensado como alguien que busca hacerlo de la manera más confortable o barata posible. Cuando pienso en Ultzama no me veo como arquitecto sino como alguien que se ha hecho una casa y ha tenido la suerte de tener conocimientos técnicos para hacerla. Por eso no siento Ultzama como una gran obra de arquitectura sino como mi casa y esto es importante. En realidad nunca he enseñado las casas de Ultzama, hay cuatro casas extraordinarias y confortabilísimas, sino que siempre he mostrado las zonas públicas y la pista. De ahí que no sepa si he sido arquitecto allí.

De hecho, cuando acabo Ultzama pienso que es una obra muy vulgar, que nunca iba a tener ningún éxito y que no la iba a enseñar. Y de repente tuvo una gran acogida, lo cual me extrañó muchísimo. Yo pensaba que allí solo había ordenado las cosas de manera lógica e interpretado los detalles arquitectónicos del lugar de una forma abstracta. Y lo único que sí había hecho era afirmar esa abstracción y el principio de la compacidad típico del caserío vasco. Pero en ello no vi mérito.

Estas cosas suelen pasar en la arquitectura. Puede que una obra que te supone un gran esfuerzo, y a ti te parece importante, nadie le presta atención. Y otras cosas que crees que son banales al final adquieren una cierta significación. A veces, supongo que también os ha pasado, no se corresponde tu juicio de valor con el que hacen otros...

Esta forma con la que acabas de contarnos Ultzama es magnífica. Describirla desde el punto de vista del usuario, de la economía, del tipo, de la ordenación, del detalle constructivo, etc, es la propia del arquitecto, o al menos la que debería tener, aunque en este caso no quiera ponerse esa etiqueta.

Sí, pero solo en cierta medida... Por ejemplo, cuando hago la obra de Palma de Mallorca pretendo hacer una arquitectura que además signifique, que sea importante. En cambio, en Ultzama no es así. Ésta nace como una arquitectura humilde, sin voluntad de proyectarse. Y esto a mí me ha hecho preguntarme si los arquitectos no somos excesivamente impositivos...

Además, así habría que contar la arquitectura a la sociedad. Seguramente, cualquiera que lea esta descripción de Ultzama no solo pensará que está hecha por un



arquitecto sino también que esos son los valores que quiere para su obra. Además, sabemos que este tipo de comunicación es otro aspecto que intenta desarrollar. Nos referimos a la Fundación Arquitectura y Sociedad que promueve desde hace algunos años y que recientemente ha sido reconocida con la Medalla de Oro de la CSCAE. No en vano, la principal misión de la Fundación es promocionar la arquitectura dentro de la sociedad como parece indicar su propio nombre. ¿Cuáles fueron las motivaciones le llevaron a impulsarla?

Para mí, es mi obra más importante. Honestamente, creo que será la obra que me sucederá. Querría hacer un inciso. Hace algunos años alguien podría pretender ser el mejor arquitecto, y pasar a la historia como tal, pero eso hoy es imposible. Hoy en día hay tantos magníficos arquitectos y obras por la amplitud del mundo que esa visión de futuro es pretenciosa. Creo que tenemos que aspirar a hacer bien las cosas hoy y olvidarnos de esa voluntad de proyección que seguramente tenían algunos arquitectos en otros tiempos. Y en ese sentido, esa actitud nos despeja de responsabilidades y hace que, como en el caso de Ultzama, hagamos una arquitectura menos pretenciosa y más sencilla.

Sin embargo, creo que la Fundación puede ser una obra de continuidad a futuro. Además, la llame Fundación Arquitectura y Sociedad porque pretendía que tuviese esa dimensión futura y estuviera relacionada con lo que para mí es la verdadera arquitectura. La arquitectura es servicio pero no servilismo. Servicio no es hacer o ser puro reflejo de lo que la sociedad reclama, aunque hoy sean muy pocas cosas, sino

CONVERSACIÓN CON FRANCISCO MANGADO

Rubén García Rubio

Carlos Pereda Iglesias



que es dar más de que lo pide. Pero para eso es necesario educar a la sociedad en la arquitectura y que nosotros nos eduquemos en la sociedad.

Me parece que uno de los grandes problemas de la arquitectura actual es su endogamia. Creo que parte es consecuencia de la propia historia y su devenir desde la modernidad, en un texto para la Fundación situé cuatro desafectos o momentos donde se produce esa ruptura, pero otra es voluntaria y buscada por una condición narcisista. La realidad es que hoy no hay puentes sino vacíos entre la arquitectura y la sociedad. Y todavía más con la crisis. La sociedad pensaba que entendía la arquitectura debido al lenguaje fácil, y no abstracto, que promovía la arquitectura objetual que hacían muchos arquitectos conocidos. Pero la crisis clasifica a todas estas arquitecturas de disparate y necesidad económica y entonces ahora la sociedad está desconcertada. Antes la gente pensaba saber qué era la buena arquitectura pero se dan cuenta que no es así. De ahí la reacción tan virulenta de la sociedad contra los arquitectos, quienes estamos pagando el exceso de algunos. Y la sociedad, que a este respecto solo había

tenido un movimiento de masas no cultivado o imbuido en la arquitectura que tiene interés como servicio, ha experimentado un movimiento pendular hacia el lado contrario basado en una interpretación errónea de la arquitectura.

¿Cómo se puede recuperar la idea de una arquitectura al servicio de la sociedad? De una parte, con los arquitectos hablando de la idea de servicio. Y por parte de la sociedad, haciendo un esfuerzo por entender que muchas de estas arquitecturas nacen de una idea abstracta pero también de querer entender mejor un programa, de una visión más generosa de la sociedad, de progreso, transgresión o de querer dar más. Esta es una labor muy lenta y la única manera de llevarla a cabo era organizar distintas actividades que anunciaran esa idea de servicio. Y la mejor manera de estructurarlo era creando una fundación que promoviese esas actividades y que se fuese complementando con la incorporación del mundo de las empresas y la opinión. Por eso en el patronato de la Fundación Arquitectura y Sociedad hay gente que no tiene una formación específica en arquitectura pero, curiosamente, entienden que la arquitectura es necesaria y funda-

mental para la sociedad. De ahí que establecer ese diálogo con la sociedad, que nosotros escenificamos en el patronato, sea el objetivo de la Fundación.

En realidad, no es una Fundación que nace con el objetivo de cultivar a un personaje sino que tiene un programa es muy complejo en aras de cultivar y articular una idea. Para mí ha sido un gran riesgo pero estoy contento y creo que pronto podrá andar sola.

En cierto sentido, o al menos no de manera ortodoxa, la Fundación no deja sino de explorar otra de las múltiples capacidades de su biografía como es la faceta docente. Actualmente como profesor en la Universidad de Pamplona y el Politécnico de Milán pero antes en instituciones como Lausanne, Harvard, Yale o Cornell por citar algunas de las más importantes. ¿Nos podría hablar de su relación entre la docencia y la faceta profesional?

Puede que suene a tópico, aunque en mi caso es completamente realidad, pero estoy en la Escuela porque aprendo mucho más de lo que enseño. Primero porque me mantiene joven, fresco, al corriente de los movimientos y me obliga a cambiar para no repetir cada año lo mismo. Segundo, me cultiva porque aprendo mucho de los estudiantes. Me sirve para acercarme a un mundo de ideas muy virgen, fresco e ingenuo pero que detrás de ellas tienen un mundo de provocación muy interesante y atractivo. Y tercero, porque me exige ser más crítico. Y esas tres condiciones hacen que nunca haya dejado de dar clases por mucho que me canse.

Por otra parte, la experiencia americana, suiza o ahora italiana me ha permitido viajar por muchas escuelas y eso ha sido muy enriquecedor para mí. Por eso creo que el mundo de la

academia ha sido el que me ha salvado como arquitecto. Sin él, creo que hubiera acabado siendo un arquitecto mediocre.

Y para terminar, y en su condición de arquitecto de referencia de nuestro país, querríamos preguntarle por su opinión acerca de la dirección que debería tomar la arquitectura y sus escuelas en un futuro. ¿Ve un futuro optimista?

Yo siempre soy optimista por principio. En primer lugar, creo que las escuelas de arquitectura deberían estar más comprometidas con una arquitectura contextual. Una arquitectura que tenga en cuenta la realidad como un magnífico crisol, oportunidad y banco de recursos para hacer arquitectura. Y por lo tanto no tener ese sentido endogámico y cerrado y tanto miedo la realidad. Deberíamos formar a nuestros estudiantes para hacer una realidad mucho mejor y por lo tanto vamos a utilizarla desde un primer momento. Y no como me formaron a mi diciéndome que allí tenía la oportunidad de hacer arquitectura ya que cuando saliese me iba a enfrentar a la realidad. Esto resolvería muchos problemas, entre otros ese carácter endogámico.

Segundo, una escuela que cada vez enseña más a hacer arquitectura desde posiciones de trabajo distintas. Y sobre todo, desde la condición grupal. La arquitectura ya nunca va a tener un carácter individual. Se va a producir un proceso de socialización de la arquitectura y nuestros alumnos van a tener que trabajar en grupos y procesos donde lo comunitario va a ser muy importante. Por tanto, el respeto a la idea de los demás y entender que con la idea de los demás podemos hacer nosotros nuestra propia arquitectura.

Y la tercera, es no olvidar la condición politécnica de las escuelas.